



Cuaderno N° 17

“¿Qué significa el socialismo hoy?
¿Y en nuestro país?”

*Rodrigo Arocena, Raúl Zibechi,
Daniel Martínez*



FUNDACION VIVIAN TRIAS

Colonia 1456 Piso 5. Montevideo 11200. Tel +598 2402 1053. www.fundacionviviantrias.org

El presente Cuaderno recoge tres trabajos cuya producción se explicita en la Presentación del mismo.

Fueron fruto de un experimento efectuado por la Fundación Vivian Trías, a fin de conocer la respuesta en torno a un posible Programa institucional de reflexión y producción en el plano de las ideas.

Para mantener nuestra característica de institución plural y ampliar la reflexión y producción ideológicas, el nuevo Programa: "La fuerza creadora de las ideas" incluirá tres espacios: las ideas socialistas, nacionalismo y liberalismo en el Uruguay y cristianismo y su opción por los pobres.

JED

Montevideo, noviembre de 2004.

¿Qué significa el socialismo hoy? ¿Y en nuestro país?

Rodrigo Arocena – Raúl Zibechi – Daniel Martínez

Cuaderno N° 17

Noviembre 2004

Presentación:

El 22 de marzo de 2004, en el marco del programa "Todas las voces" de la Fundación Vivian Trías, tuvo lugar una sesión para discutir el tema que da su título a este Cuaderno: "¿Qué significa el socialismo hoy? ¿Y en nuestro país?". Participaron como panelistas Roberto Conde, Raúl Zibechi y Rodrigo Arocena.

Dificultades de grabación, que mucho lamentamos, impidieron recoger la ponencia de Conde. Esperamos contar pronto con su valiosa contribución, para incluirla en la siguiente edición de este cuaderno.

El evento mencionado fue pensado como un experimento para medir el interés del tema planteado. La numerosa asistencia y el intercambio de ideas que se suscitó en tal ocasión robustecieron el proyecto de intentar un esfuerzo sistemático de reflexión al respecto. Con tal propósito se hizo circular una Convocatoria escrita por Daniel Martínez, "Nos habíamos amado tanto", que también se incluye en este Cuaderno. Ese texto sirvió de base para variadas consultas informales. A la vista de sus alentadores resultados, la Fundación Vivian Trías convocó a una reunión para avanzar en la formalización del proyecto.

La reunión tuvo lugar el 5 de octubre de 2004 en el propio local de la Fundación. Fue abierta por su Presidente, quien planteó que la vocación de la Fundación por impulsar debates de ideas plurales la lleva naturalmente a propiciar la reflexión sobre el socialismo, así como sobre otras corrientes ideológicas, en un clima de amplitud y colaboración con otras organizaciones y personas dispuestas a ello. Ese clima precisamente signó la reunión, en la que intervinieron compañeros y compañeras de diferentes experiencias y vertientes, algunos incorporados actualmente a diversos grupos de discusión sobre los fundamentos y propósitos de nuestra militancia.

Dentro de una riqueza de puntos de vista que no se intenta reflejar aquí, se registraron opiniones y sentimientos que convergen a la necesidad de impulsar dentro de un nuevo Programa: "La fuerza creadora de las ideas" junto a otros, un espacio de reflexión sobre las ideas socialistas, con características y metas como las siguientes:

- * contribuir a pensar sin cortapisas ni pretensiones de arribar a conclusiones compartidas;
- * fomentar el planteo de problemas y puntos de vista relevantes sin las limitaciones registradas en marcos colectivos orientados a otros propósitos;
- * encarar grandes cuestiones postergadas o poco discutidas, como las dimensiones éticas de la militancia, la evaluación de las experiencias de la izquierda, las vinculaciones entre las ideas reivindicadas y los desempeños gubernamentales, socialismo, democracia y la participación popular, el papel del mercado en una propuesta socialista, la vigencia del marxismo o el significado mismo del socialismo;
- * ofrecer un espacio para "pensar en voz alta" a quienes se interesan en el accionar partidario y gubernamental de la izquierda, buscando así colaborar con ese accionar sin interferir en lo más mínimo en sus decisiones y ejecutorias;
- * trabajar de manera sistemática y continuada, con rigor y seriedad, para que el esfuerzo pueda ser rendidor, pero al mismo tiempo con realismo y modestia en cuanto a los tiempos disponibles.

Tales propósitos podrían concretarse mediante:

- 1) la organización de un ciclo de talleres, recurriendo a la colaboración de quienes tienen experiencia en armar debates de modo que resulten fructíferos y estimulantes para los participantes;
- 2) la publicación, a la vez con frecuencia y parsimonia, de textos reales y/o virtuales que puedan servir de ayuda a la reflexión y de inspiración para la acción desde perspectivas socialistas.

En la reunión se afirmó que hace falta reivindicar el papel de las ideas en la política, descuidado en general durante largo tiempo y a cuya discusión no se convoca mucho desde los espacios institucionalizados. Se sostuvo, en particular, que si bien las condiciones para repensar el socialismo y otras ideas fueron muy poco propicias durante más de una década, ahora están mejorando. Se argumentó asimismo que la reivindicación actualizada de los valores, los ideales y las inspiraciones socialistas es necesaria para afrontar los riesgos tanto de inconductas éticas como de quedarse en el puro pragmatismo. En definitiva, se coincidió en la disposición a impulsar, a partir del 2005, tareas del tipo arriba esbozado.

Cuando se abre un ciclo grande y nuevo en la vida nacional, hace falta promover la reflexión en profundidad, desde lo mejor de la propia identidad, muy cerca de las prácticas de avanzada y al servicio de sus propósitos transformadores. En ese entendido, con este Cuaderno, la Fundación Vivian Trías convoca a **trabajar para desarrollar la fuerza creadora de las ideas.**

¿Qué es ser socialista hoy?

Rodrigo Arocena¹

I. Primera aproximación a una cuestión difícil

La Fundación Vivian Trías nos ha planteado una pregunta tan oportuna como difícil: "¿Qué significa el socialismo hoy? ¿Y en nuestro país?" Como no sé contestarla, empiezo por reformularla "a la baja" para ensayar una primera aproximación a la respuesta. Replanteo pues así el interrogante de partida: ¿qué significa ser socialista hoy? Una definición mínima consiste en afrontar la pregunta, no esquivarla, no sacarle el cuerpo ni mirar para otro lado, sino trabajar en busca de respuestas. Ésa es la definición mínima: preocuparse por el asunto.

¿Por qué? Ante todo por un compromiso: la historia del siglo xx, para bien y para mal, estuvo marcada en gran medida por las esperanzas, las luchas, los triunfos y los fracasos asociados a las propuestas socialistas. Eso ha cambiado abruptamente; ¿qué vamos a hacer? ¿vamos a hacer como que no sucedió, desentendernos de la cuestión y simplemente mantener la definición socialista como una especie de membrete archivado por la historia? ¿o, por el contrario, vamos a tratar de reivindicar una ética de las ideas? Una de las grandes herencias a las cuales la izquierda no debe renunciar es la definición de la acción colectiva, a partir no de personas o de intereses circunstanciales, sino de una ética de las ideas.

En segundo lugar, está la cuestión de la calidad misma del accionar colectivo de la izquierda, en la política y, más ampliamente, en los niveles más variados de la acción social. Ayer – y cuando digo ayer hablo de hace 20 ó 30 años – los socialistas de distintos pelajes centrábamos nuestra prédica, nuestra tarea ideológica, sobre todo en la crítica de lo existente. Podíamos hacerlo –o creíamos que podíamos hacerlo– porque de alguna manera presuponíamos que la historia iba a nuestro favor, que había una cierta dinámica de la historia que aseguraba –dicho muy brevemente– el tránsito del capitalismo al socialismo. Por lo tanto la crítica de lo existente abría inevitablemente camino a lo nuevo.

Esas certezas se nos han desdibujado; no afirmo que no reaparecerán, pero sí que hoy por hoy se han desdibujado. Por ende, corremos el riesgo, aquellos que nos definimos como socialistas, de ser algo así como un sindicato de dolientes: el conjunto de personas que están desconformes – y vaya si hay razones para estar desconforme – con la situación actual, por lo que critican al país, al mundo, a lo que sea. Pero la cuestión central, que creo que es una de las herencias a las cuales no se puede renunciar, es que el socialismo se definía como una propuesta alternativa, no principalmente desde la crítica, sino desde otra propuesta. Como parecía que la historia iba hacia el socialismo podíamos

¹ Versión revisada y levemente ampliada de una ponencia presentada en el Programa "Todas las voces" de la Fundación Vivian Trías el 22 de marzo de 2004.

concentrar la atención en la crítica pero, cuando eso ya ha dejado de ser una certeza, la definición socialista obliga a pensar sobre todo en la cuestión por la positiva: ¿qué le estamos proponiendo a la sociedad, más allá de la legítima acumulación de reivindicaciones? Más que nunca, el tema de la alternativa a construir debe constituirse en el centro de nuestras definiciones. En resumen, la alternativa deja de estar garantizada por la historia y hay que construirla.

Lo dicho tiene que ver con una disyuntiva que – confieso – me angustia y que veo que reaparece vez tras vez en nuestras izquierdas, a veces en las mismas personas o grupos que con intervalos de pocos años pasan de una opción a la otra: la disyuntiva terrible entre limitarse a reafirmar las viejas consignas u optar por abandonarlas y a la vez dejar de lado toda la temática del socialismo. Unos de hecho dicen: “Somos socialistas y seguimos reivindicando lo mismo que sosteníamos en el 70 o en el 60, en el 50 o en el 80, como herramienta, como método de trabajo”. Otros sin decirlo dicen: “Ponemos el tema debajo de la alfombra”. A menudo estos últimos sostenían lo primero hace no mucho. Me temo que la gran tragedia de la izquierda en los últimos 20 años es que los que reivindicaron el socialismo no fueron renovadores y que los que reivindicaron la renovación dejaron el socialismo. Si los socialistas no logran salir de esa disyuntiva, saldrán de la historia. La cuestión central - verdaderamente refundacional - es si nos da el resto, si nos da la energía para a la vez ser socialistas y renovadores.

La cuestión tiene que ver con las prácticas concretas, cotidianas: cuanta más incidencia tenga la izquierda, más importancia tendrá. Si una izquierda de tradición socialista, como lo es casi toda la uruguaya – recuerdo mi asombro cuando volví al país en 1984 y no había un grupo en el Frente Amplio (FA) que no se definiera como socialista –, archiva el tema del socialismo casi sin dilucidarlo, ¿cuáles son las motivaciones concretas que mueven a los militantes y sobre todo a los dirigentes? ¿No se corre un enorme riesgo de pragmatismo de corta vista? ¿no se corre un enorme riesgo de miopía?, y –digámoslo también–, ¿no se corre un riesgo de que se afecten nuestras conductas éticas? Porque una cosa es cuando uno milita y se sacrifica por un conjunto de ideas compartidas, por valores de referencia compartidos, y otra es cuando esos valores quedan más o menos en el altillo y parece que hacemos política por los beneficios inmediatos que la misma pueda aportar. En esta cuestión hay encerrado pues un gran tema ético.

Pero además actuar de hecho como si todo el acervo socialista hubiera quedado enterrado en el pasado, es un brutal desperdicio, porque aunque muchas consignas y muchas estrategias se hundieron – y creo que la historia no las va a traer de vuelta –, hay un tesoro, un verdadero tesoro de ideas, de experiencias, de prácticas colectivas, de pistas para la acción. Yo sospecho, es nada más que una sospecha, que lo que veíamos antes como el tránsito del capitalismo al socialismo no va a reaparecer por largo tiempo en el horizonte; pero en cambio tengo la convicción de que podemos sacar mucho partido de la inspiración socialista.

Volvamos, para concluir esta primera parte, a la pregunta inicial: “¿Qué significa ser socialista hoy?”. Ante todo, encarar en serio el interrogante acerca del significado actual del socialismo y trabajar sostenidamente para construir

respuestas. Sin ánimo de paradoja, vale la pena subrayar que ser socialista es, en primer lugar, no olvidarse del socialismo.

II. ¿Qué significa el socialismo hoy? Algunas pistas para buscar respuestas

En esta segunda parte trataré ahora sí de medirme con la pregunta en su conjunto: ¿qué significa el socialismo como tal hoy? Solo puedo sugerir algunas pistas para buscar respuesta, no solo por razones de espacio, sino sobre todo porque obviamente el tema lo desborda a uno.

Aquí va una primera afirmación, polémica posiblemente, pero polemizando construiremos: las definiciones de la identidad socialista ya no pueden ser básicamente ni una teoría ni una estrategia, tienen que ser esencialmente de raíz ética. No pueden por ejemplo concentrarse, como en otra época, en si somos marxistas o no; ello tenía cierto sentido porque el marxismo se presentaba como una concepción científica que aseguraba el porvenir, por lo tanto definirse como marxista era tener una certeza de hacia dónde iba la historia y actuar en función de eso. De ahí que muchas veces diéramos por sentado el objetivo y nos peleáramos por las estrategias, o incluso diéramos las estrategias por sentadas y nos peleáramos por las tácticas. En esta era de incertidumbres, y sobre todo a la vista de las experiencias reales, la identidad socialista tiene que ser una definición ética, enraizada en valores; uno se define como socialista no porque crea que se va a derrumbar el capitalismo, no porque crea que el Estado o la guerrilla o la cooperativa es el instrumento, sino por definiciones éticas, y esto nos obliga a volver a considerar esas definiciones.

Sin pretensiones de profundizar, tratando simplemente de poner sobre la mesa algunas cuestiones para la discusión: ¿cuáles son pues, dónde están las fuentes de nuestras definiciones socialistas? La manera más corta que conozco de decirlo es la siguiente: ser socialista es tomarse en serio la triple consigna de la Revolución Francesa y atribuir la misma relevancia a las tres consignas: libertad, igualdad y fraternidad.

Los liberales sostienen que la libertad es lo decisivo. Lo característico de la izquierda es poner, como hubiera dicho Norberto Bobbio, la igualdad en un lugar no menos importante; no casualmente los historiadores ubican el comienzo del movimiento socialista en el Movimiento de los Iguales, encabezado por Graco Babeuf hace más de 200 años. Me animaría a ir un poco más allá: si uno se queda en libertad e igualdad, tiene lo que podríamos llamar la definición individualista de ser de izquierda. En cambio, poner al mismo nivel libertad, igualdad y fraternidad apunta al protagonismo de los colectivos, a la idea de que la búsqueda de esas consignas, además de definir ciertos valores, nos da ciertas pistas. Eso es lo más valioso, lo que está contenido en todo lo mejor de la tradición del movimiento socialista y que a mi ver conserva plena validez.

Esa triple definición de la Revolución Francesa lleva a redefinir, en cada etapa histórica, el significado de aquella consigna de la I Internacional: "La emancipación de los trabajadores deberá ser obra de los trabajadores mismos". Se trata de actualizarla una y otra vez, atendiendo a las nuevas situaciones y a los actores colectivos que permanecen o emergen. Más allá del contexto específico en el cual fue formulada, la consigna afirma que el socialismo no es algo que alguien le va a dar a las masas, algo que va a ser concedido, sino algo que va a ser el fruto, en la medida en que se pueda, del protagonismo de los de abajo.

Así, en la caracterización del socialismo, junto a su definición ética - vertebrada por los valores de libertad, igualdad y fraternidad - aparece, con importancia similar, la idea-fuerza de los protagonismos colectivos.

Esa idea-fuerza lleva a preocuparse por quiénes son los que toman decisiones. Si uno recorre la historia, las formas de tomar decisiones han cambiado inmensamente, pero hay un hilo conductor complejo que debe seguir orientándonos. Viene por lo menos desde las primeras asambleas atenienses de hace 2.500 años, pasa por las comunas, por los sindicatos, por los consejos obreros. Esas son formas adoptadas en distintos momentos y adaptadas a distintas circunstancias, que no se trata de replicar ni copiar; ni siquiera, diría yo mirando la propia historia, corresponde copiar lo que hicimos hace unos años en el propio país. Pero todas ellas tienen algo en común: la idea esencialmente igualitaria de que la búsqueda de los protagonismos colectivos va junto con la noción de que todos pueden decidir; ése es el hilo conductor.

En las asambleas atenienses se reivindicaba que, si bien solo unos pocos originan una política, todos tienen la capacidad potencial para intervenir en la decisión colectiva al respecto. Ello apunta al protagonismo colectivo, a la formación ciudadana y, por consiguiente, hacia algo cuya mención ha caído en un cierto desuso en el seno de la izquierda: el cultivo de la razón humana, el cultivo del intercambio razonado de ideas entre seres racionales. Sin esto, las decisiones colectivas son un espejismo.

¿Cuál era la fuerza del socialismo en la formulación marxista cuando pretendía ser una ciencia? Ofrecía una base de apariencia muy sólida para que personas muy distintas se pusieran de acuerdo a partir de las certezas que se atribuían a esa ciencia. Cuando ese tipo de certezas se desdibujan, ¿cuál es el cimiento de los acuerdos entre personas diferentes, entre seres que somos potencialmente iguales en derechos pero necesariamente diferentes en maneras de ser? El hilo conductor de los procesos genuinamente democráticos ha sido y no puede sino ser el cultivo de las decisiones colectivas basadas en lo que todos compartimos, en definitiva, que es la razón humana, con sus alcances y carencias.

Habría que adentrarse en el análisis de los posibles escenarios del mañana y de las herramientas a las que se podrá recurrir para trabajar desde los valores y las inspiraciones socialistas. No hay espacio para hacerlo aquí, así que lo dejaremos para alguna próxima oportunidad. Sin embargo, no quiero dejar de apuntar una conjetura: no creo que reaparezca algo que se pueda llamar un proyecto de socialismo de Estado, la idea de que el socialismo es una

construcción hecha desde el Estado; más bien creo – sospecha para la discusión – que podríamos revivir lo que llamaría un socialismo de sociedad, un socialismo donde juegan distintos actores sociales en distintos espacios - en la política por cierto pero no solo en la política–, intentando llevar adelante proyectos inspirados en la ética socialista.

Pongámonos pues, en la agenda de las discusiones, a impulsar temas como el análisis de las grandes tendencias de la sociedad contemporánea, los escenarios alternativos que puede ofrecernos el futuro, las herramientas del accionar colectivo, la promoción de protagonismos diferentes, la construcción de espacios de síntesis. Dediquemos las páginas finales de este pequeño ensayo - apenas una invitación a la reflexión - a una sumaria consideración de la restante cuestión que nos ha planteado la Fundación Trías.

III. Sobre el socialismo en el Uruguay del presente

Una visión de socialismo de sociedad lleva a que no todo tiene que ser política en la acción socialista; pero ésta tampoco tiene que ser dirigida contra la política. Si hubo una divisoria frustrante, muy asociada en otra época a las polémicas entre marxistas y anarquistas, fue la de todo política o nada de política. La construcción de sociedades diferentes, ¿cómo va a dejar de lado el nivel de la política? Pero la experiencia histórica muestra que si solo se trabaja en ese nivel, o se lo considerar superior a todos los demás, resulta realmente poco fecundo y hasta asfixiante.

Ahora bien, en el Uruguay de 2004, ¿cómo no estar con la política en la cabeza? Si uno quiere revivir la inspiración socialista no es por una vocación de biblioteca, de archivero o solamente teórica, la quiere para vincularla con la práctica y, hoy por hoy, la práctica de la izquierda pasa centralmente por la política, sin ninguna duda. Hagamos pues algunas observaciones sobre la realidad de nuestro país y del accionar político de la izquierda.

A nivel político partidario, ¿no sería bueno que entre tantos “espacios” como hay en la izquierda uruguaya - por suerte plural, por suerte diversificada - hubiera un espacio entre cuyos objetivos figure la reconstrucción sobre la marcha de las perspectivas socialistas? Me llama la atención que, habiendo sido prácticamente todos socialistas en 1984, no exista un “espacio” dentro del FA que convoque también a trabajar en esta perspectiva: ¿es que de hecho hemos renunciado a revivirla? Ello sería contraproducente, incluso a corto plazo.

A nivel político electoral, ¿desde dónde daremos el debate con la derecha si no cultivamos las ideas fundamentales, las ideas que nos definen? ¿Vamos a ocuparnos simplemente de la minucia cotidiana, si Jorge Batlle cometió tal error o si Sanguinetti es tal o cual otra cosa? Esas cosas hay que hacerlas, son parte de la política, ¿pero cómo vamos a discutir con los teóricos de la derecha? ¿Diremos tan solo que el neoliberalismo fracasó - cosa que es bien cierta y cada vez más

reconocida - o apuntaremos más arriba, a un nivel de elaboración ideológica? Ese nivel en otra época (no se trata de que todo tiempo pasado fue mejor, pero algunas cosas del pasado habría que revivir) calificó los partidos de izquierda como partidos de ideas. ¿Somos partidos de ideas todavía? No sé; en todo caso me parece que nos está faltando allí una inyección de vigor importante.

A nivel político gubernamental, a diferencia de lo que cree la mayor parte de la gente, me parece que se va a plantear una cuestión muy concreta y muy directamente vinculada a las ideas socialistas: en definitiva el problema concreto y práctico de todo gobierno de izquierda es conjugar eficiencia con solidaridad, es construir formas de la solidaridad eficiente. Ésa es la cuestión: si no es solidario no es de izquierda y si no es eficiente fracasa y cae, como ha pasado tantas veces. Para construir formas de la solidaridad eficiente deberían servirnos las ideas socialistas y las experiencias cuidadosamente analizadas de tantas acciones colectivas en nuestro país y en otra parte. Se podrían mencionar mil y un ejemplo, desde lo que en otro contexto hemos llamado la carta de ciudadanía social, la forma de afrontar los problemas del desempleo, la protección para la producción, la reconstrucción de la salud, la generalización de la educación, el enfrentamiento a los "poderes fácticos" financieros, comunicacionales y militares. Frente a cada uno de ellos se pueden dar ejemplos concretos de cómo la inspiración socialista sugiere vías concretas para avanzar hacia la eficiencia solidaria. Sospecho que un "espacio" político donde se vincule sistemáticamente la discusión de la problemática nacional con la revitalización del socialismo sería fecundo para esto último pero, mucho más aún, sería utilísimo para afrontar eficazmente los desafíos cotidianos del acontecer político.

Los procesos sociales difícilmente dejen de ser altamente conflictivos. La concepción propia del socialismo del siglo XIX afirmaba que en algún momento se daría vuelta la tortilla, iniciándose un rápido tránsito del reino de la necesidad al reino de la libertad, con lo cual los conflictos sociales tendían a desaparecer. Hemos aprendido dolorosamente de la experiencia histórica que los conflictos sociales no solo son permanentes sino que son parte de la energía con que se alimentan los cambios. Una visión socialista que apunte a la eficiencia solidaria tiene que partir de que va a haber conflictos y reivindicaciones contrapuestas de derechos. Por lo tanto, tenemos que decir algo que nosotros la izquierda hemos dicho poco, pero que está en la raíz de la inspiración socialista: ser socialista no es solo reclamar derechos, es también reivindicar deberes.

La moral socialista, la de esos viejos militantes que todos llevamos en el recuerdo, era la ética de los derechos y de los deberes; bastaba verlos, no tenían que decírselo a nadie. Si vamos a ser una izquierda capaz de llevar adelante formas eficientes de la solidaridad tendremos que ser capaces de conjugar derechos y deberes.

En fin, creo que hace falta inspiración socialista en diversos terrenos y que hay que apostar esencialmente a una idea muy simple; lo ha dicho Amartya Sen de manera muy neta: hay que ver a las personas como agentes y no como pacientes. Ver a los individuos y sobre todo a los colectivos como los protagonistas en la transformación de su propia situación, en la elaboración

racional de alternativas y en su implementación: ése es, en definitiva, el corazón de las pistas, aquí y ahora, para una acción inspirada por el socialismo.

Epílogo

La Fundación Vivian Trías nos ha convocado a encarar una asignatura que los socialistas tenemos pendiente: repensar las perspectivas socialistas. El genuino pluralismo que la Fundación ha demostrado y el prestigio que ha conquistado con su tesonera labor abre espacio a la esperanza. Confío en que la convocatoria lleve a construir - muy modestamente pero con mucha vocación de largo plazo - perspectivas socialistas específicas para los distintos campos problemáticos de la sociedad, desde los protagonismos colectivos, en la elaboración racional conjunta. Imagino una serie de talleres, de documentos, de iniciativas plurales, con la Fundación como motor, aunque no como único motor, con la Fundación buscando otros socios para hacer lo que es hora de poner en marcha: un esfuerzo grande, una suerte de alianza para la renovación de las ideas socialistas.

¿Qué significa el socialismo hoy? ¿Y en nuestro país?

Raúl Zibechi

Quería retomar algunas de las cosas que tan bien planteó Rodrigo, y quería iniciar, aunque ya no se estila –vamos a ser un poco “démodes”–, recordando algunas cosas que decía Marx sobre qué es socialismo. Él decía que no es un estado de cosas que deba implantarse, es un ideal al que haya de sujetarse la realidad; el socialismo es el movimiento real que anula y supera el estado actual de cosas. Me parece importante hacer hincapié en la idea de movimiento, el socialismo no es un programa que elaboramos teóricamente, no elegimos a alguien para que lo ponga en práctica y empezar a transitarlo. Es un tránsito, un cambio, un movimiento, un proceso, seguramente muy largo, por el cual vamos negando y superando permanentemente el estado de cosas, la situación tan terrible en la que vivimos.

Esa idea de movimiento, de que no es un lugar al que se llega. Nosotros hemos asociado –por lo menos en mi generación– la idea de socialismo a una imagen casi bíblica de travesía del desierto; mucho sacrificio, mucha lucha, para un buen día llegar a la tierra prometida, al oasis. Es básicamente una práctica social inspirada en una ética, no cualquier práctica social. La idea de socialismo como una práctica social que puede empezar a practicarse aquí y ahora, no el día que lleguemos a la tierra prometida, es una cuestión fundamental, porque uno descubre con el tiempo, con los años, que el problema central no es destruir el capitalismo sino dejar de reproducirlo, de producirlo en nuestra cotidianeidad;

colectivamente, lógicamente, y creo que a eso apuntaba Rodrigo en la parte final de su intervención.

Quería comenzar recordando, en ese mismo sentido, que para los pensadores y los militantes socialistas siempre hubo un concepto clave vinculado al tema del socialismo, que es el concepto de crisis, de conflicto y crisis. No podemos pensar en una tensión, en una voluntad –ya no en una transición al socialismo–, en una tensión de vida hacia el socialismo huyendo de la crisis y del conflicto. Personalmente no me gustan las crisis ni los conflictos, menos aún la violencia, pero nuestra historia, la historia del país, la de nuestra vida y la de la humanidad señalan que la crisis aparece necesariamente en las sociedades en la medida que uno quiera empezar a implementar cambios.

Por lo tanto no podemos pensar el socialismo como un proceso lineal de acumulación. Nuestra generación –yo tengo 52 años– ha pensado la sociedad alternativa de forma casi simétrica en sus formas de lucha, en los procesos para llegar, a la que implementó el capitalismo. De modo que no soy para nada amigo de este famoso concepto de acumulación de fuerzas, creo que el movimiento implica algo incierto, algo difícil de preprogramar y que opera por crisis y cambios más o menos bruscos.

En suma, me parece que la idea que tuvimos, fomentada por un marxismo dogmático, de que la crisis económica, las leyes económicas que rigen el funcionamiento de la sociedad y el capital, llevan a una crisis básicamente en el terreno de la producción material que pone en marcha la acción social por el socialismo, no se ha registrado en la historia ni en la historia reciente como algo fecundo y real. Sí se ha registrado el hecho de que la tensión por cambios genera crisis y esas crisis pueden alimentar el proceso de cambios, el movimiento hacia los cambios.

Y cuando digo crisis –hay que desdramatizar la idea de crisis o de conflicto– no estoy pensando en la guerra nuclear, ni en una guerra siquiera, ni en sucesos necesariamente violentos, que es el temor que está instalado en muchos sectores; no pienso en eso, pienso en las crisis que vivimos todos los seres humanos a lo largo de nuestras vidas que nos han permitido ir cambiando, mejorando y evolucionando a través de esos procesos.

Además las contradicciones y los problemas reales de la sociedad en que vivimos se hacen visibles únicamente a través de esas circunstancias de crisis y conflictos. Y ahí aparecen los recursos, imprevisibles muchas veces, para superarlos y avanzar más allá de ese estado de cosas.

Coincido plenamente con Rodrigo en que no podemos pensar que el sujeto de los cambios sea el Estado. El Estado está ahí, es una institución muy pesada, muy fuerte, muy importante, puede llegar a ser una herramienta, pero no es el sujeto de los cambios. En 100 años hemos pasado de abominar al Estado a fetichizarlo, lo cual nos introduce en que no es ni tanto ni tan poco, hay que ver la situación concreta; el Estado siempre es una instancia opresora. Puede ser una herramienta, pero no vamos a decir que lo vamos a abolir mañana, ni que es el

núcleo, el sujeto de los cambios, que quien lo controle va a tener la llave para transitar hacia una situación mejor.

Quería enfocar el tema del socialismo también desde la óptica del Uruguay de hoy, desde los cambios que se han producido en el sujeto de los cambios. Sigo pensando que el sujeto de los cambios es la clase trabajadora en líneas generales y definida en un sentido muy amplio; no los obreros industriales como creímos – yo, por lo menos– en los 60, sino los trabajadores en general. Sin embargo el mundo del trabajo ha sufrido un proceso de cambios, de reestructuración, de fragmentación y de crisis muy importante desde la aplicación de la ley de reforma cambiaria y monetaria y sobre todo en las dos últimas décadas de neoliberalismo ya claro y abierto. La ruptura del tejido social es el cambio más importante que se produjo en el mundo del trabajo, en el mundo de los trabajadores, de los sectores populares o como le queramos llamar, no me gusta entramparme con palabras.

Todo este período de reestructuración del capital, de la producción, de desindustrialización y deslocalización de la producción ha provocado una fractura estratégica en las bases sociales y materiales de un proyecto, de una posibilidad de socialismo. Sobre esa fractura estratégica estamos viviendo y operando cotidianamente. Las diferencias entre ocupados y desocupados son abismales, los dígitos de desocupados en casi toda América Latina y en Uruguay están por encima del 10 por ciento, de un dígito en los 80 hemos pasado a dos en los 90, con tendencia a instalarse en forma permanente; pero además las diferencias entre los trabajadores fijos, con derechos laborales y los trabajadores precarios, flexibilizados, sin derechos, se han estirado enormemente. Según las estadísticas y los análisis aproximadamente el 60 por ciento de la población activa está desocupado o tiene problemas laborales.

De ese sector tan importante de la población una parte importante sufre problemas de marginación, que es un fenómeno nuevo en la sociedad –voy a hablar de Uruguay–, tiene problemas no solo para comer, para sobrevivir, sino incluso para organizarse. La voz de los que hablan hoy en la sociedad, en los medios, en cualquier tribuna pública, no es de ese sector de marginados que ha creado el sistema. Todos saben que el 50 por ciento de los niños que hoy nacen en este país nace en la extrema pobreza, por debajo de la línea de pobreza, en cantegriles o asentamientos, o en hogares con enormes deficiencias o carencias, como se dice ahora, en pobreza extrema.

Los rasgos de la marginación en Uruguay han cambiado en 50 años de forma dramática. En los años 30, 40 estaban los pueblos de ratas conformados por población que venía abundantemente a Montevideo; 500 pueblos de ratas, casi 200 mil habitantes, algo menos del 10 por ciento de la población con posibilidad de venir a las ciudades y comenzar un proceso de movilidad social ascendente. El neoliberalismo ha invertido este proceso, ha expulsado población de la ciudad consolidada, del empleo fijo y de los barrios centrales y la ha puesto en la marginación en un proceso que todos conocemos, la ha marginado. ¿Este fenómeno nuevo no nos plantea problemas para pensar nuestras prácticas sociales, no digo ya un proyecto socialista, digo las prácticas sociales elementales que hacen a esa trilogía de la igualdad, la libertad y la fraternidad que son

inspiraciones éticas que tienen que estar guiando nuestra actividad? Por supuesto que los provoca. Y creo que los elementos fundamentales que podemos tratar de introducir en estas reuniones, en estos debates, no son soluciones, yo no tengo soluciones para la mayoría de las preguntas que me hago, sino efectivamente, como decía Rodrigo, formular preguntas y después dejar un tiempo y un espacio para la reflexión y las prácticas colectivas.

En segundo lugar quería llamar la atención sobre el hecho de que no solo la base social de los cambios está fragmentada y fracturada –eso es una realidad incontrastable–, sino que el neoliberalismo tiene hoy en nuestros países y en nuestro país apoyos que van más allá de las “elites”. No es solo que el neoliberalismo esté fomentado desde arriba por medio del capital financiero y de las “elites” nacionales, sino que ha conseguido ciertos apoyos sociales importantes; de ahí que la salida del neoliberalismo como etapa, como proceso inmediato y elemental al que cualquiera de nosotros aspira – por algo estamos aquí– deberá encarar, por lo menos así lo tiene planteado cualquier gobierno progresista o de izquierda, enormes dificultades. No es el momento de poner nombres y apellidos a los sectores sociales que han sido beneficiados, que hemos sido beneficiados de alguna manera por el neoliberalismo.

Voy a llamar la atención sobre un aspecto nada más. En el tema de la salud en nuestro movimiento sindical tenemos varias propuestas, según el lugar donde uno esté trabajando; de modo que los funcionarios de la salud pública tienen una propuesta y los funcionarios de la salud privada tienen otra; todos son compañeros y muchos son amigos, pero están situados en lugares distintos. Entre otras cosas porque el sistema ha provocado tal fragmentación y tal destrozo del tejido social que incluso los famosos espacios para poder intercambiar y conversar nuestras diferencias se han fracturado, fragmentado y a veces no encontramos medios, momentos, lugares, para intercambiar y tratar de resolverlas, o por lo menos de conocer los porqués de las posiciones del otro.

Quiero decir una cosa que nos tiene que llamar la atención sobre estos dos temas que planteé: el proceso de Venezuela. Personalmente no simpatizo con el discurso, con el estilo, con la cultura política del presidente Chávez, no me cae simpático por una cuestión de piel, no ideológica; pero sin lugar a dudas el gobierno venezolano está intentando, por muchos medios, romper amarras con el neoliberalismo y favorecer a los más postergados de su país. Sin embargo encuentra enormes dificultades en el movimiento sindical y en la izquierda política; ¿porque se hicieron fachos? No, porque décadas de modelo han generado enormes dificultades para salir del mismo; dificultades que hacen que debamos ponernos a reflexionar, no sobre el programa socialista, sobre el proyecto socialista, sino sobre la ética y las prácticas sociales. En situaciones de crisis extrema –voy a hablar por mí, que después cada uno reflexione–, de situaciones extremas, es donde podemos vislumbrar las contradicciones en las que ha entrado nuestra sociedad. Quiero recordar lo sucedido el 1º de agosto del año 2002 tras una semana de feriado bancario: el día 30 ó 31 de julio –no recuerdo bien– se produjo un saqueo en la zona del Palacio Legislativo y el día 1º de agosto, viernes, se corrió la voz de que venían “los de allá”, los que no vemos a diario, los que yo

no veo a diario –hablo en primera persona–, del Cerrito, del Borro, de Casabó. ¿Por qué traigo esto? Porque creo que eso nunca había sucedido en la historia de nuestro país. Las clases medias, yo, ese día nos encerramos en nuestras casas protegiendo nuestra pequeña, miserable, propiedad privada.

¿Qué quiero decir con esto desde el punto de vista de la práctica social y de la ética? En momentos de crisis aparecen dificultades para unir nuestros valores, nuestros pensamientos, nuestras ideas con una actitud que no sé cuál tendría que haber sido; sé lo que hice ese día, que no fue nada heroico, pero no sé lo que tendría que haber hecho, y digo de verdad que no sé. Yo tengo una imagen de lo que podría haber sido el socialismo o la fuerza social que empujara hacia el socialismo: eran obreros industriales. Y yo me pregunto: la imagen, el color, la vestimenta de las fuerzas sociales que hoy necesitan cambiar esta sociedad, ¿cuál es? ¿dónde está? ¿cómo nos relacionamos con ella cotidianamente? porque en mi trabajo, en Brecha, somos todos periodistas, todos de clase media, no los veo. Es muy triste lo que estoy diciendo, pero creo que desde mi lugar debo decirlo porque estamos ante algunas dificultades de fractura en cuanto a la práctica social y los valores éticos que nos inspiran, que son los de los viejos socialistas que para mí son sagrados; es difícil encontrarlos hoy en nuestras prácticas cotidianas, los cambios van a ser hechos no por quienes tengan mayores lecturas o mayor nivel teórico, sino por quienes sólo tengan sus cadenas para perder.

Este dilema que me planteo es lo que quería transmitirles hoy, simplemente para empezar a discutir las dificultades que todo esto genera desde este lado del movimiento social; sobre todo para empezar a discutir cuando vivimos en un país radicalmente distinto del que yo y quizás la mayoría de ustedes, que tienen mi edad o más, conocimos hace 40 años, donde los espacios para procesar una práctica social colectiva, integradora entre diferentes sectores sociales, entre diferentes edades, entre diferentes géneros y grupos etarios es cada vez más difícil. ¿Cómo hacer entonces, no ya un proyecto socialista –cosa que no me planteo hoy, no porque haya renunciado a ello; en absoluto–, sino la base de ese camino, que es práctica social iluminada o con el norte de principios éticos, colectiva y por lo tanto diversa y heterogénea? No puede ser una práctica social entre los que somos iguales, vivimos en el mismo barrio y tenemos algunas necesidades resueltas.

Nos habíamos amado tanto

Daniel Martínez

Pertenece a distintas generaciones. Algunos de nosotros llegamos a vivir la revolución cubana con su impacto en el pensamiento y la práctica de los partidos y movimientos de izquierda, otros desde finales de los 60 con la profundización del enfrentamiento y el surgimiento del FA; los demás nos formamos en las luchas clandestinas en plena dictadura y fuimos protagonistas de su derrota.

Lo que todos tenemos en común es que en algún momento de nuestra vida nos hechizó la magia de la utopía.

Todos estuvimos dispuestos a arriesgar nuestras vidas, nuestra seguridad personal y económica, nuestras familias, nuestro futuro, por el ideal de una sociedad más justa y solidaria.

En algún momento de nuestras vidas creímos que la teníamos al alcance de nuestras manos.

La dura realidad nos enseñó que no era tan fácil.

Que alcanzar el poder llevaba un largo y difícil camino.

Que además no alcanzaba con lograr el poder.

Que los cambios hay que hacerlos con la gente y no para la gente.

Que otros que habían soñado igual que nosotros habían terminado iniciando procesos que culminaron con errores y horrores que nada tenían que ver con el ideal utópico soñado.

Todos sufrimos el impacto.

Pero todos sentimos que pese al mismo, nuestro compromiso con esa búsqueda de una sociedad más justa y solidaria sigue tan vigente como el primer día que nos enamoró.

La posibilidad de acceso al gobierno nos hizo postergar debates.

Pero justamente esa posibilidad nos obliga más que nunca a efectuarlos.

Ninguno de nosotros quiere solo gobernar bien. Por más pragmáticos que seamos y que debamos ser, debemos tener un horizonte de transformación de la sociedad. Además los riesgos de desviaciones éticas son ciertos, por el propio ejercicio del poder, y solo la fortaleza ideológica y la vigencia de un proyecto de largo plazo nos pueden ayudar a combatirlas.

Creemos, pues, que debemos debatir para alcanzar, sin querer ser pretenciosos, una suerte de refundación de la utopía.

Que nos permita reconocer los errores y aprender de ellos. Que nos permita fortalecernos ideológicamente. Que nos permita, si llegamos a la conquista del gobierno, gobernar con un horizonte.

Seguramente tenemos distintas visiones, muchos matices y hasta tal vez cuentas pendientes entre nosotros.

Pero si mantenemos vivos los sueños que nos hicieron vibrar hace tantos años, tenemos razones de sobra para juntarnos a debatir.

Solo pedimos honestidad intelectual, saber que no se viene para ser la vanguardia de nada, y que no hay ni dueños de la verdad, ni verdades iluminadas.

Con eso alcanza.